

Página en blanco/ Out of Join / Hors-Livre

La serpiente como arquetipo del veneno y la medicina

Luz Álvarez

Ensalzada en la corona de Isis o monstruo lujurioso vencido a los pies de la Virgen María; emblema de la medicina y la farmacia, inspiradora de artistas a la vez que seductora de doncellas y embajadora del mal. Pero es también símbolo de prudencia y astucia, siendo como es un animal ni muy ágil ni demasiado rápido, carente de fuertes extremidades o dientes para desgarrar, por lo que debe saber esconderse y protegerse del ataque de otros depredadores mientras espera pacientemente la ocasión propicia para cazar a su presa, a la que matará bien por envenenamiento, bien por constricción.

En latín se la llamaba con el nombre de *anguis*, serpiente y látigo, voz que ha permanecido en anguila, serpiente de agua, siendo raíz muy cercana a *ango*, que da angustia, angosto, lugar estrecho, cerrado. Luego, tal vez por tabú, ya que solo nombrarla produce horror, esa palabra temida fue sustituida en esta lengua por *serpens*,¹ la que se arrastra.

La sierpe se arrastra... y ¿quién podría adivinar lo que con ella trae? En nuestro imaginario, la serpiente (culebra, víbora o bicha cuando se quiere evitar el nombre temido) habita lo profundo, donde duerme enroscada sobre sí misma, preñada de fuerza latente, como una semilla, o un cadáver que reposa en la tierra y la fertiliza. Sabemos, por otra parte, que desde el vientre oscuro y fértil de la tierra, de las profundidades de una caverna, es muy capaz de deslizarse por cualquier grieta y surgir silenciosa de entre las sombras para, en un instante, dispensar la muerte o la curación. Por eso mismo, a lo largo de los tiempos, la serpiente se ha ido conformando en nuestro imaginario como un arquetipo de diversas valencias; lugar este desde el que produce sobre la psique humana un efecto ambivalente de atracción y repulsión como tal vez no lo haga ningún otro símbolo.

Para algunos autores, Chevaliery Gheerbrant entre otros, el origen de esa mezcla de terror y fascinación radicaría en

su misma desnudez elemental que nos remontaría a una esencialidad radical que no precisa de garras, extremidades, uñas o pelo; y por ello mismo repelente y atractiva por igual. Una desnudez suave y fría que nos produce escalofríos al tiempo que un extraño placer cuando se desliza por nuestra piel. Una esencialidad misteriosa, silenciosa, incomprensible; un enigma para la mente humana. Y al igual que nos fascina su capacidad de dejar atrás su piel, como un guante caído, cuando crece, nos asombra el potencial de movimiento que desarrolla al deslizarse sinuosa hasta enroscarse en un círculo, del que no es posible escapar, o cuando se alza amenazadora. De igual modo nos admira su prodigiosa adaptación a todos los hábitats, ya sea el humedal o el desierto, las cuevas o la superficie, las aguas pantanosas, los pozos, los ríos o el mar, pues su cuerpo parece poseer la capacidad de ajustarse a todos los planos y a todos los espacios, de manera que todos los lugares pueden ser habitados por ella.

Por ese poder suyo para transformarse y por el hecho observado de que surge del oscuro, indiferenciado y fecundo vientre de la tierra, la serpiente, sería, pues, como animal manifestado, la encarnación de las fuerzas originales cósmicas en el mundo material. De ahí que haya nacido en muchas culturas antiguas el mito original de las grandes serpientes como creadoras del cosmos: la enorme Ananda hindú, la gran serpiente Pitón de los griegos, la serpiente de fuego que portaba el dios maya Huitzilopochtli como símbolo de su poder y capacidad creadora cuando salió del vientre de su madre, o Kukulkán, dios creador de la mitología maya cuyo nombre significa serpiente emplumada.

De mirada hipnótica, la sierpe posee la capacidad de penetrar hasta los recónditos espacios de nuestro inconsciente, donde habita en su forma arquetípica vinculada a los aspectos femeninos de la Tierra y la psique humana. Pero ella es hembra y macho a la vez: falo cuando acomete y cuando

penetra en la tierra, en la cueva. Es fuerza latente del útero cuando reposa o abraza. Emblema de la sexualidad sin cortapisas, sedujo a Eva en el Paraíso, acto que las hijas de Eva recrean hoy en día bailando provocativamente con este reptil alrededor de sus cuerpos, en clubes y discotecas, animadas por el mismo instinto evocador de las ardientes fuerzas sexuales que imaginamos en esas escenas de cópula colectiva entre estos animales, de la cual surgía, en la mitología celta, el huevo de la serpiente (elemento tenido como redentor de la comunidad, al estilo de lo que después sería el Santo Grial). Más tarde, esa pulsión erótica que ella encarna se manifiesta en las contracciones uterinas, donde su potencia creadora se expresa en los vigorosos movimientos de la matriz y en los giros del hijo que se desliza, aunando éxtasis y dolor en su movimiento descendente.

Pero además, la fuerza de la serpiente está también presente en el ardor espiritual: es la *kundalini*, energía pura imaginada en forma de serpiente que duerme en el *chakra* raíz, situado en la base de la columna vertebral, la cual, una vez despierta mediante las prácticas espirituales, ascenderá en giros alrededor de la columna con el fin de elevar al ser humano hasta lo más alto. Se convierte de esta forma la serpiente en símbolo, tanto del alma como de la libido: la fuerza que para muchos investigadores es el impulso necesario para las restantes manifestaciones psíquicas. Reina ella tanto en el espacio de la luz como en el de las sombras, y enlaza los dos polos del ser: vida, muerte, luz, oscuridad, consciente e inconsciente, materia y espíritu, masculino y femenino, tierra y cielo.

Por estar tan conectada con lo oculto, de siempre se ha supuesto que desde lo profundo la sierpe trae el poder de la adivinación, la intuición y la sabiduría. Entre los mitos clásicos encontramos aquel en que Apolo, dios griego de la medicina, las artes y la poesía, mató con sus flechas envenenadas a la enorme Pitón que custodiaba el antiguo oráculo de Delfos. De ese modo, se dice que venció a los poderes del caos e instauró así el orden que debe regir al espíritu para que este se haga fecundo. Pero es preciso recordar el hecho fundamental de que el dios solar nunca destruyó el santuario de la serpiente, al contrario, en un acto de reconocimiento y respeto hacia el poder de su formidable contrincante, integró los poderes cósmicos de la tierra y los solares del cielo en el santuario de Delfos, donde dejó a la pitonisa —su nombre honra a la Pitón—, adivina capacitada, en virtud de los poderes de intuición y adivinación que le concedía el mítico animal, para revelar los mensajes oraculares guardados en la oscuridad.

En esos mitos contruidos por la sabiduría milenaria de los pueblos, observamos el proceso por el cual se fue construyendo el arquetipo de la serpiente en el inconsciente colectivo humano, y por tanto también en el individual, ya que no estarían separados, sostenía Jung, como representación del caos primigenio: oscuro, fértil y femenino, lo indiferenciado del que toda manifestación surge y al que todo regresa en un eterno círculo de nacimiento, muerte y resurrección. En ese cruce de natura-cultura en la que los humanos *son*, y estableciendo un paralelismo entre el cosmos y nuestro microcosmos, la serpiente habita las capas profundas y laberínticas de la Tierra, al igual que habita las capas profundas de nuestra

psique, desde donde nos trae muerte y miedo ancestral, sí, pero también fuerza, intuición, sabiduría, creatividad y curación, como pone de manifiesto el mito de Asclepio, célebre médico de la Antigüedad, afamado sanador que llegó a ser tomado por hijo del dios Apolo y la mortal Corónide. Habiendo sido criado por el centauro Quirón, el gran curandero, sanaba tanto las enfermedades del cuerpo como las de la mente, ya que la causa original de ambas sería un desorden en el espíritu que anima por igual a uno y a otra.

Una de las leyendas tejidas alrededor de su figura narra que, encontrándose Asclepio asistiendo a un moribundo, se adentró en la estancia una serpiente que el médico mató con su vara. Inmediatamente, irrumpió en el lugar otra serpiente llevando unas hierbas en la boca con las que curó a su hermana. El médico aplicó entonces esas mismas hierbas a su paciente, logrando con el remedio arrancarlo de las garras de la muerte. Otra leyenda cuenta que una serpiente salió de una tumba al paso de Asclepio y le ofreció esas hierbas curativas.² De ahí que este celebre sanador sea representado con aire sumamente varonil y portando como símbolo de su poder curativo una vara en la que se enrosca una serpiente, la parte femenina e intuitiva de su ser. De ahí también que la serpiente sea símbolo de la medicina y la farmacia.

Y ahondando más en el mito, comprobamos que la serpiente ofrece el poder de sanar o matar, aunque Asclepio, “el siempre amable”, nunca hizo uso del poder destructivo que, según las narraciones mitológicas, le concediera Atenea: esta diosa le había proporcionado dos pomos con sangre de la górgona Medusa, cuya cabeza está cubierta de serpientes que se retuercen de forma espantosa. El que contenía la sangre procedente del costado derecho del monstruo servía para matar, mientras que el que contenía sangre del lado izquierdo estaba destinado para sanar, e incluso resucitar a los muertos, acto reservado a los dioses, y que Asclepio, llamado Esculapio en Roma, llevó a cabo en cierta ocasión, alterando de esta forma el orden sagrado de la existencia que se sustenta en los ciclos eternos de vida y muerte y pagando por ello con su propia vida.

Con el tiempo, se erigieron en Grecia numerosos templos en honor de Asclepio, pero el más importante de todos fue el templo construido en Epidauro, lugar donde se creía que había nacido este semidiós, unos trescientos años antes de Cristo, que estuvo abierto durante muchos años y del que se conservan las ruinas de las diferentes edificaciones que en su día lo compusieron: un templo consagrado al sanador, otros varios dedicados a Artemisa, hermana de Apolo (quien también tenía el suyo, al igual que Afrodita), la hospedería para los peregrinos, los baños, la biblioteca, el grandioso teatro donde se representaban escenas sagradas, y las salas para dormir y soñar. Las serpientes pululaban libremente por los campos que circundaban los edificios, y también por una estancia subterránea y laberíntica, símbolo del Hades infernal, ubicada en el Thólos, una de las edificaciones más emblemáticas, donde se realizaban prácticas rituales y ceremonias de carácter secreto cuyas peculiaridades no nos han llegado. A Epidauro, cuenta Siruela, los suplicantes enfermos iban a curarse mediante las hierbas, los baños purificadores, la interpretación de los sueños y la ingesta de veneno de serpiente, que al parecer, bebían de un busto cubierto de esos

animales. A través del cuerpo físico, como vía hacia el psiquismo oculto, la serpiente se erigía en símbolo de curación, de muerte, nacimiento y resurrección, y en virtud de los poderes de penetración que se le atribuían, ayudaba a desvelar lo oculto, latente tras el síntoma.

Todas las prácticas que se realizaban en Epidauro tenían un único fin, alcanzado a través de las terapias físicas, de las purificaciones y de los remedios fitoterapéuticos: la reconexión del peregrino con lo sagrado. Reconexión llevada a cabo a través de los sueños del suplicante interpretados por los sacerdotes, y de las prácticas espirituales que el enfermo debía realizar para, con ello, religar su espíritu a ese espíritu subyacente al universo que impregna, vivifica y une entre sí todo lo existente, unión que de alguna forma había perdido, siendo, en última instancia, esa pérdida la causa de su mal.

Lo que otros pueblos supieron antes, lo confirman en nuestros días investigadores científicos que trabajan actualmente en centros como la prestigiosa universidad francesa Pierre et Marie Curie de París, o la igualmente reconocida Escuela de Medicina Tropical de Liverpool, entre otras. Estudios farmacológicos han detectado en el veneno de estos animales más de doscientas sustancias terapéuticamente interesantes. Además, se sabe ya que el veneno de ciertas serpientes posee efectos analgésicos y calmantes más potentes que los de la morfina. También se conoce su contenido en neurotoxinas, que podrían ser empleadas en el caso de enfermedades degenerativas del sistema nervioso, hemotoxinas y carditoxinas, que se usan actualmente para la prevención de ataques al corazón y para tratar casos severos de hipertensión, por citar algunas. En el continente americano, todavía a día de hoy los descendientes de pueblos indígenas emplean el veneno de la serpiente como medicina. Así, en México, se lo puede encontrar en la composición de una conocida pomada que, aplicada tópicamente, combate el cansancio muscular, o en productos cosméticos que ayudan a tensar los rasgos faciales, rivalizando con el *botox* pero sin sus efectos secundarios, dicen sus defensores. Igualmente, en los pueblos ribereños del Mediterráneo, la infusión o el hervido de la camisa de la serpiente se empleaba tradicionalmente como remedio para curar resfriados, procesos reumáticos o artríticos.

Por último, ya en el orden del estudio y tratamiento de la psique, algunos psicoterapeutas y psicoanalistas con dilatada experiencia clínica han podido constatar que los sueños con serpientes en ocasiones preludian una curación o recuperación, parcial o total, del estado psíquico, físico y energético del paciente. Soñar con serpientes que se revuelven o nos rodean puede ser aterrador; en cambio, soñar que nos muerde uno de estos animales puede anunciar que nos inocula su inspiración, creatividad y sabiduría, que nos sana algún aspecto herido de nuestra psique, o que completa un proceso inconsciente en un paso más hacia la toma de conciencia de algún aspecto hasta entonces oculto, que anuncia el despertar de algún poder creativo que permanecía latente o la puesta en marcha de capacidades que hasta entonces ignorábamos poseer. De esas circunstancias surgió este mismo trabajo, como reconocimiento y homenaje a la sabiduría, el poder y la creatividad de la serpiente, que más allá del arquetipo, para Mircea Eliade, el gran historiador de las creencias e ideas religiosas, este animal sería una hierofanía:

una manifestación de lo sagrado con poder por tanto de dar la vida y dispensar la muerte. Ciertamente se conoce como el símbolo de la medicina, pero también lo es de la poesía y las artes, como nos recuerda el caduceo que es atributo de Mercurio, el Hermes griego: una vara o copa en la que se entrelazan hasta quedar frente a frente dos serpientes, regalo de Apolo al astuto y ágil dios de la comunicación y el comercio, en prueba de amistad, simbolizando así la prosperidad y la abundancia que resultan de la integración de fuerzas contrarias: manifestación positiva de la serpiente en el orden de las complejas, difíciles, y siempre cambiantes, relaciones humanas. Caduceo que se vuelve copa salvadora de la Humanidad en el Santo Grial y cáliz que celebra la unión del espíritu con la comunidad en la ceremonia de la misa cristiana.

BIBLIOGRAFÍA

- DANTE ALIGHIERI, *Divina comedia*, ed. de Á. Chiclana, Espasa, Madrid, 2011.
- J. CHEVALIER y A. GHEERBANT, *Diccionario de los símbolos*, trad. de M. Silvar y A. Rodríguez, Herder, Barcelona, 1995.
- J. COROMINAS y J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1980.
- M. ELIADE, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, trad. de J. Valiente Malla, RBA, Barcelona, 2004.
- R. GRAVES, *Los mitos griegos*, trad. de E. Gómez Parro, RBA, Barcelona, 2005.
- C. J. JUNG *et al.*, *El hombre y sus símbolos*, trad. de L. Escobar Bareño, Paidós, Barcelona, 1995.
- J. A. PÉREZ-RIOJA, *Diccionario de símbolos y mitos*, Tecnos, Madrid, 1988.
- E. ROBERTS y B. PASTOR, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Alianza, Madrid, 1996.
- J. SIRUELA, *El mundo bajo los párpados*, Atalanta, Gerona, 2010.

NOTAS

- 1 Podía ser género masculino o femenino.
- 2 En general, la serpiente aparece relacionada con las tumbas, ya que tradicionalmente se ha creído que es portadora del alma de los muertos y vía de comunicación con los espíritus. Dante las encuentra en el Infierno, en su Canto xxv. Posteriormente, el Romanticismo gustó de los cementerios, las tumbas y las serpientes como símbolos de comunicación con el reino invisible, anticipando así el estudio sobre el inconsciente que más tarde desarrollaría Sigmund Freud en la psicología y el movimiento surrealista en el arte.